

Critica de Arte

EL HUMOR EN FORAIN

El título *La Comedie Parisienne* que Forain puso a uno de sus álbumes revela ostensiblemente su posición frente al humor. Hemos dicho en otra parte que sus caricaturas no hacen reír. El peor enemigo de la risa es el sarcasmo y la ironía; lo sentimental la invalida también.

Forain es sarcástico, irónico y sentimental. Sobre esta trinidad descansa toda la elocuencia de su arte. «Admirable y fúnebre», ha sido calificado por Claude Roger-Marx.

Comedia humana, es decir, mezcla extraña y pintoresca de gentes de diversa condición, museo de figuras de cera, entes que tienen apariencia humana, pero que obedecen a hilillos invisibles movidos desde quién sabe qué rincones de la pasión. Espectáculo granguíñolesco que sobrepasa incluso la estética a lo Huysman y husmea en todo lo bajo y oculto.

La comedia parisiense es aquí el reservado del restorán de moda, el quartucho del hotel, el cafetín *louche*. O la audiencia o la oficina del político o del financiero. Sus tipos del político venal han sido característicos: el hombre cincuentón, de aspecto robusto y barba hirsuta, grísea, con el eterno *haut-de-forme* y su insolente cigarro-puro en los labios desdeñosos o sensuales.

Pero este mundo político y parlamentario ha sido expresado

con veracidad única en *Doux Pays*, que es la crónica panfletaria de la Tercera República. El título de álbum es, en su apariencia suave y meliflua, terrible y paradójal alusión a un mundo endurecido por la lucha de intereses. Forain nos muestra, en efecto, la inmoralidad organizada perfectamente dentro de una serie de convenciones en apariencia morales. Todos se conocen, cada uno sabe de los defectos de los demás y, sobre todo, de los del vecino. Todo el mundo está en el secreto, pero todos ocultan sus verdaderos sentimientos. Dentro de este orbe inmoral hay una escala paradójal de valores honorables en el inexorable mantenimiento de las jerarquías.

El ministro recibe a un aspirante a burócrata y le dice: «He aquí el decreto en donde se le nombra jefe del servicio antropométrico de Madagascar.

—¿Pero... y los malhechores?

—La Administración proveerá.

Esta sociedad de apariencias respetables ha hecho recordar a Bergson la advertencia del alto funcionario que en una novela de Gogol reprocha al subalterno: «Robas demasiado para un funcionario de tu categoría».

Desde luego no existe un testimonio más sincero sobre la sociedad finisecular francesa. Forain es un panfletario incorregible, uno más dentro de la norma nacional, junto a Mirbeau, a Bloy, a Daudet. Conservador en política y católico practicante, intransigente, venido del terruño más apegado a la tradición ultramontana, no sentía simpatía ni piedad por quienes se hallaban en el otro lado de la barricada. Era sangriento.

Un hombre se acerca a un puesto de periódicos en donde hay un rincón para limpiarse el calzado: «¿Dónde está el lustrabotas?». —Acaba de ser nombrado subprefecto.

En otra estampa dibuja una manifestación obrera, desfilando bajo la lluvia. En medio de aquella masa hormigueante se advierte un paraguas. Un niño pregunta a su madre:

—¿Quién es Jaurés, mamá?

—El que lleva el paraguas.

Jean-Louis Forain fué, como vemos, un caricaturista esencialmente político, distinto, desde luego, a todos los que le habían precedido. Daumier es más universal y, sobre todo, más plástico. En el autor de *Rue Transnonain* los problemas de forma priman sobre la intención y el espíritu. Forain da más importancia al elemento externo de la obra; busca un fin que no es esencialmente artístico.

Está todavía más alejado de Caran d'Ache o de Léandre. Aquél como dibujante que busca el chiste fácil e ingenuo; éste como incorregible deformador de los rasgos fisonómicos. «No busco la caricatura—decía un día Léandre a Emile Bergerat—yo soy un pintor de realidades: yo copio».

Ni siquiera sus creencias le hicieron ser caritativo con los defectos de sus contemporáneos. Por el contrario, su catolicismo dogmático era campesino, aldeano, cerril, de una beata severidad que no perdonaba ninguna falta y que se complacía en acusarlas, señalando al propio tiempo la sanción. Carecía Forain del espíritu evangélico que se hace presente en las planchas de Rembrandt.

Este descreído y áspero aristarco de la caricatura ha ido recogiendo en *La Comedie Parisienne* una serie de impresiones fugitivas del alma de la ciudad. En su obra no existe el paisaje, ni siquiera el paisaje urbano, que es la naturaleza humanizada. Forain gusta de penetrar en la intimidad de las gentes y bucear en sus espíritus para extraer lo inconfesable y lo oculto, aquello que se relega en el fondo de cada uno y que apenas aparece en la vaguedad de un rictus o en un gesto imperceptible. Rumor el suyo que escruta en las gentes los instintos reprimidos, los *refoulements*, en la red de convenciones sociales.

Una señora encopetada recibe en el salón de su casa a un individuo desharrapado y sucio. Le entrega unas monedas y le dice: «No había necesidad de decirle al ayuda de cámara que somos primos».

Vemos que el humor de Forain se diluye, se pierde, a fuerza de incidir en la sátira. Le falta lirismo y le sobra intención, sobre todo le falta cierto pudor para ocultar el descarnado pensamiento. Ramón Gómez de la Serna ha dicho con exactitud que el humor no es cinismo. El humorismo está en la fraternidad de todas las cosas.

El papel que en el arte desempeña Forain se valoriza más cabalmente cuando lo comparamos con Bagaría y con Gulbransson, los dos humoristas que constituyen con el francés la tríada estelar del género. Bagaría es un auténtico humorista, un humorista en el cual la ternura sonriente se alía a cierto sentido fúnebre, filosófico y suave de la vida. Su humor puede emparentarse con el de aquel alemán que en un discurso necrológico, decía del muerto: «El finado era virtuoso y rollizo».

La musa irónica de Gulbransson es también muy distinta a la del dibujante francés. Sus caricaturas acentúan la psicología y, a la vez, el humor es directo, brutal, lejos de la insinuación.

Bagaría—diremos en un resumen perentorio—está con los humildes, con los sencillos, con los buenos. Gulbransson, se enrolla, toma partido, es, en buena forma y para emplear una expresión grata a nuestra época, un *engagé*. Forain no está ni con éstos ni con aquéllos, ni con los buenos ni con los malos, ni con los de arriba, ni con los de abajo. Está contra todos. Es un anarquista mental. Es un gran escéptico de una sociedad incrédula.

No vemos en su obra a la mujer en la plena exaltación de su feminidad; ni dulzura, ni ternura, ni belleza moral. Acaso la hembra caída en las garras del caballero de industria o la mujer del político venal, cómplice de sus debilidades. Entretenidas o camareras que espían detrás de las puertas, «mamás» comprensivas o simuladoras.

Todos los personajes de la *Comedia* de Forain tienen el aire cansado; caballeros de frac y sombrero de copa, rastacueros y

grandes damas, magistrados, académicos, judíos opulentos, empresarios, aparecen con gestos de supremo hastío.

Aquel niño nacido en la silente ciudad de Reims, a la sombra de la «catedral fantasma», había perdido su alegría infantil. Se había hecho duro a los embates de la vida. Había conocido dos guerras que asolaron la región natal, la región amada. Poco quedaba en pie de los rincones que acogieron sus juegos infantiles.

Las páginas de estos álbumes son el tremendo latigazo de su sarcasmo contra una humanidad que se obstina estúpidamente en destruirse a sí misma. Es el grito desapacible de un hombre que ha perdido la fe en sus semejantes.

ANTONIO R. ROMERA.